

Salvador de Madariaga y sus relaciones con los representantes diplomáticos durante la Segunda República: un análisis de *Espanoles de mi tiempo* (1974)⁽¹⁾

Keishi YASUDA

► Palabras clave

Salvador de Madariaga;
Alejandro Lerroux;
Luis de Zulueta;
Julio López Oliván;
Manuel Azaña

▼ Resumen

Salvador de Madariaga (1886-1978), diplomático, historiador y pensador gallego, influyó de forma notable en la política exterior de la Segunda República española (1931-1936), como representante del gobierno de Manuel Azaña en la Sociedad de Naciones. Tras el estallido de la Guerra Civil (1936-1939) en España, Madariaga vivió exiliado en Suiza. En 1974, se publicó uno de sus libros más personales, *Espanoles de mi tiempo*. En esta obra, Madariaga reflexiona sobre algunos de los personajes españoles más trascendentales del siglo XX, como Manuel Azaña, presidente del gobierno de España de 1931 a 1933 y presidente de la República durante el periodo 1936-1939, o como Luis de Zulueta, intelectual republicano que se exilió en Estados Unidos después del comienzo de la contienda, y que había ejercido el cargo de ministro de Estado entre los años 1931 y 1933. Esta investigación tiene como objetivo profundizar en la política exterior del gobierno azañista; sobre todo, en las principales características de la diplomacia desarrollada en la Sociedad de Naciones. Para cumplir este objetivo, primordialmente, por una parte, se analizan el susodicho libro de memorias de Madariaga y, por otra parte, los personajes destacados de los que trata esta obra, que no ha

sido suficientemente estudiada hasta ahora en el campo de la investigación histórica.

Introducción

Salvador de Madariaga (1886-1978), uno de los más destacados intelectuales, historiadores, pensadores en la España del siglo XX, es bien conocido por su labor como diplomático durante la Segunda República (1931-1936). Madariaga también integró la amplia nómina de intelectuales de aquella época que intervinieron en política. Después de que estallara la Guerra Civil (1936-1939), primero se exilió en Gran Bretaña y finalmente en Suiza. Falleció en Locarno en 1978. En 1974, cuatro años antes de su muerte, publicó *Espanoles de mi tiempo*⁽²⁾, uno de sus libros de memorias más peculiares debido a que rememora a los personajes políticos, los intelectuales y los artistas (entonces ya todos fallecidos) que más le impresionaron en su vida. Primordialmente, José Manuel Lara Hernández, conocido editor de la Espasa-Calpe de aquella época⁽³⁾, fue quien le aconsejó e impulsó a que escribiera este libro. Ese mismo año salió a luz su otro libro biográfico *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*⁽⁴⁾ en el que retrataba sus vivencias durante los quince años como diplomático en la Sociedad de Naciones y durante el periodo republicano.

En cuanto a la política exterior de la Segunda República, hasta la actualidad ha habido diversos estudios existentes que analizan el segundo libro de memorias de Madariaga, con el fin de profundizar en la actitud diplomática de la Segunda República o en las relaciones hispano-japonesas en torno al Incidente de Manchuria en 1931⁽⁵⁾. Aunque algunas investigaciones han apuntado a que la Segunda República no contaba con una auténtica diplomacia en comparación con la que posteriormente tuvo durante la Guerra Civil o, por otra parte, con la desplegada por el franquismo, se ha comprobado que también la Segunda República desarrolló una política exterior muy activa con la presencia de Madariaga. Ahora bien, en cuanto a lo concerniente a la política exterior republicana⁽⁶⁾, es necesario matizar que ha sido un aspecto que *Espanoles de mi tiempo* se ha indagado e investigado relativamente menos que en su otro libro de memorias. Por lo tanto, el presente estudio, teniendo en cuenta como el principal documento el libro *Espanoles de mi tiempo*, que consiste en el análisis de diversos personajes trascendentales de aquella época y que no ha sido analizado suficientemente, tiene como objetivo arrojar nueva luz sobre la proyección de la política exterior del régimen republicano.

Por otra parte, conviene subrayar que los personajes recogidos en *Espanoles de mi tiempo*, todos ellos sin excepción, habían fallecido antes de la publicación del libro en 1974. Esta elección de personajes —pasados a mejor gloria— por parte de Madariaga, le ocasionaría algunas críticas ya que, como es obvio, “los muertos no hablan” y, por consiguiente, no pueden defenderse. Pero, dejando esto a un lado, sería pertinente enfatizar que el testimonio de Madariaga fue “valioso” por ser un intelectual “longevo” (vivió hasta sus noventa y dos años) que desplegó una gran actividad, recorriendo España, Francia, Gran Bretaña y Suiza, en

los ámbitos de las letras, las humanidades, la política y la diplomacia.

1. La vida de Madariaga

Primeramente, expondremos de manera concisa la historia personal de Madariaga. Nacido en A Coruña en 1886. A sus catorce años empezó los estudios en Francia para estudiar ingeniería y así cumplir los deseos de su padre. Éste era coronel en el ejército de tierra y pensaba que la derrota de las tropas españolas en la Guerra de Cuba estaba relacionada con la baja potencia de la ingeniería española. De ahí que mandara a su hijo a adquirir los mejores conocimientos científicos y tecnológicos a Francia, país que poseía una tecnología puntera muy superior a la de España. En 1911, cuando Madariaga cumplió veinticinco años, obtuvo la Licenciatura en Ingeniería y, al mismo tiempo, comenzó a mostrar claramente su interés y vocación por el campo de las Humanidades. Después de volver a España en 1912, prestó sus servicios como ingeniero ferroviario y se casó con la escocesa Constance Archibald. Manejando no sólo español y francés, sino también inglés y alemán, trabajó como intérprete a la vez que se dedicaba a las actividades literarias⁽⁷⁾.

En 1921, Madariaga llegó a Ginebra con el fin de trabajar en la Sociedad de Naciones, organismo internacional diseñado y establecido para el cumplimiento y mantenimiento de la paz mundial. El diplomático gallego principalmente estuvo en el Departamento de Desarme hasta 1927, adquiriendo en este periodo un profundo conocimiento sobre la política exterior y la sociedad internacional. Esta experiencia le llevaría posteriormente a que le consideraran como “el más europeo de los españoles”⁽⁸⁾. Pese a que como diplomático tenía una agenda muy apretada en esta etapa, supo compaginar este trabajo con su investigación literaria. El fruto de su labor y vocación literaria dio como resultado una de sus principales obras, *Guía del lector del “Quijote”: ensayo psicológico sobre el “Quijote”*, que fue publicada en 1926.

En mayo de 1931, Madariaga fue nombrado embajador de Washington por el gobierno de la Segunda República, que había sido instaurada tan solo un mes antes. El gobierno republicano profesaba y alentaba el pacifismo en su diplomacia, como se ve en el artículo sexto⁽⁹⁾ en el que queda reflejada su “voluntad de renuncia a la guerra como instrumento de política nacional”. Su política concordaba con la de la Sociedad de Naciones en pro del pacifismo y del desarme. El hecho de que se recogieran estos principios pacifistas en la Constitución republicana, establecida en diciembre de 1931, se debe en gran medida al esfuerzo de Madariaga⁽¹⁰⁾. Manuel Azaña, presidente del gobierno durante el primer bienio republicano e intelectual de gran talla, conocía muy bien a Madariaga, y los dos tenían relaciones amistosas desde 1914, sobre todo, a través de las actividades literarias. Es decir, Madariaga ejerció una influencia decisiva para que la República contara con una Constitución pacifista.

Además, la postura del gobierno azañista de ser fiel a la política de la Sociedad de Naciones estaba relacionada con la baja capacidad de su diplomacia debido a la limitación de

recursos. La Segunda República, recién instaurada tras la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), poseía poca fuerza en su política exterior y su principal línea política de acción se basaba en evitar cualquier tipo de desavenencias con las grandes potencias europeas de la época, como Francia y Gran Bretaña. En todo caso, estos países desempeñaban un papel orientador en la institución ginebrina.

Madariaga, como representante de España en la Sociedad de Naciones, intervino en el proceso de negociaciones para solucionar varios conflictos internacionales, tales como el asunto derivado del Incidente de Manchuria entre China y Japón en septiembre de 1931. Después, volvió a España y, en marzo de 1934, fue nombrado ministro de Instrucción Pública por el gobierno de Alejandro Lerroux (1864-1949) del Partido Radical, ejerciendo el cargo hasta abril del mismo año. Seguidamente, ocupó la cartera de Justicia, cuya experiencia terminó también en un corto periodo de tiempo. Antes del estallido la Guerra Civil en julio de 1936, fue elegido miembro de la Real Academia Española, pero después de la contienda se le negó el ingreso durante muchos años debido a su aversión al régimen del general Franco. De ahí que no volviera de Suiza, donde se encontraba en exilio, para aceptarlo de forma reglamentaria. Finalmente, el discurso para su ingreso oficial se celebró en mayo de 1976, aproximadamente seis meses tras la muerte del dictador, cuando Madariaga tenía ya noventa años⁽¹¹⁾. La actitud en contra tanto de Franco como de su dictadura quedó plasmada en diversos de sus ensayos como *General, márchese Vd.* en 1959 y en algunas de sus declaraciones. De manera que, previamente en enero de 1976, ya había criticado con dureza a Franco como “usurpador que consideraba España su propiedad tras su conquista”⁽¹²⁾.

Por otra parte, Madariaga siguió mostrando una imagen brillante de intelectual de carácter liberal en el exilio. En 1948 en el Congreso del Movimiento Europeo celebrado en La Haya, fue nombrado presidente de la Comisión de Cultura y propuso la instauración del Colegio de Europa en Brujas, el cual se haría realidad al año siguiente⁽¹³⁾. En 1973, valorada su larga trayectoria como diplomático y escritor, se le otorgó el Premio Carlomagno desde la ciudad alemana de Aquisgrán⁽¹⁴⁾. Además, tanto en 1937 como en 1952 fue el candidato al Premio Nobel de la Paz⁽¹⁵⁾. Por añadidura, asistió varias veces al programa de la televisión suiza *Tele-revista* (1973-1989), producido por emigrantes de España durante la Guerra Civil. En una entrevista emitida en febrero de 1976, tres meses después del fallecimiento de Franco, señaló que “la obligación máxima que tenemos es la de evitar esa guerra civil” y enfatizó la necesidad de la unión entre los españoles una vez acabada la prolongada dictadura⁽¹⁶⁾.

2. Alejandro Lerroux (1864-1949)

A partir de este apartado, se analizan los personajes referidos en *Espanoles de mi tiempo*. Empezamos con Alejandro Lerroux. Madariaga mantuvo una estrecha relación con Lerroux, quien fue ministro de Estado (abril-diciembre de 1931) en el gobierno provisional de Manuel Azaña (octubre-diciembre del mismo año⁽¹⁷⁾), sobre todo a través de su labor diplomática en la

Sociedad de Naciones.

El 1 de mayo de 1931 Madariaga, que era catedrático de Español y de Literatura Española en la Universidad de Oxford, se enteró en La Habana, donde se encontraba como invitado en una conferencia, de la noticia de que había sido nombrado embajador de Washington por el gobierno de Azaña. A este respecto, contaría que le inquietó dejar el puesto en Oxford, pero no tuvo más remedio que aceptar el cargo de embajador⁽¹⁸⁾.

En septiembre de 1931, Madariaga, ya ejerciendo de embajador, tuvo que acudir a la institución ginebrina, acompañando a Lerroux, ministro de Estado, puesto que Lerroux no manejaba bien el francés, idioma indispensable en la Sociedad de Naciones, y Madariaga se vio obligado a estar a su lado como auxiliar. Aunque Madariaga mencionaría este punto posteriormente en otro libro de memorias, en *Espanoles de mi tiempo* se describe aun más la pobre capacidad lingüística de Lerroux. Según Madariaga, Lerroux chapurreaba esta lengua franca y aunque no le costaba tanto leer el francés coloquial, no lo entendía ni podía pronunciarlo ni leía un registro más culto como el lenguaje literario⁽¹⁹⁾. El mes de septiembre de 1931 fue el momento en el que se discutía vigorosamente sobre el “asunto de Manchuria” en la institución ginebrina para encontrar una solución adecuada a este conflicto internacional. Entonces, España, pese a que era potencia “menor” en el escenario político internacional, oficiaba de presidente del Consejo de la Sociedad de Naciones. En todo caso, por su limitada capacidad lingüística, a Lerroux le resultaba complicado que las reuniones marcharan sin el menor contratiempo, por lo que Madariaga, quien manejaba bien diversos idiomas y estaba al tanto de la política exterior, le sirvió de intérprete.

Kenkichi Yoshizawa (1874-1965), ministro plenipotenciario de Japón en París en septiembre de 1931, cuando empezó a discutirse sobre el asunto de Manchuria en la Sociedad de Naciones, se entrevistó con Madariaga en el Hotel Metropole de Ginebra donde estaba la representación diplomática de Japón. Yoshizawa lo describió en su libro de memorias detalladamente, refiriéndose sobre todo a la relación entre Madariaga y Lerroux:

A las diez de la mañana me visitó De Madariaga, el segundo representante plenipotenciario de España en Ginebra (el primero era Lerroux, el ministro de Estado), con la orden de Lerroux. Me dijo que había llegado un telegrama sobre el gran incidente en Mukden y que había causado una gran conmoción dentro de la Sociedad de Naciones. Luego me pidió que le explicara los detalles de lo ocurrido.

Yo le contesté que me había enterado de esta noticia por medio de un periódico que anteriormente me habían enviado desde Japón, pero en aquel momento aún no me había llegado el telegrama procedente del gobierno nipón, por lo que le comuniqué que no conocía ningún detalle. De ahí que simplemente le informara de que nada más que recibiera un informe oficial de Japón sobre este asunto, me pondría en contacto con él. Poco después me llegó el telegrama oficial. (...) Y como se lo había prometido, le comuniqué el contenido a De Madariaga⁽²⁰⁾.

De lo expresado por Yoshizawa, se deduce que a pesar de que Lerroux representaba a la delegación diplomática en Ginebra como ministro de Estado, la persona encargada *de facto* era Madariaga. La relación entre ambos se basaba, por un lado, en la escasa capacidad como el líder de la representación diplomática y, por otro lado, en el conocimiento y la experiencia de Madariaga, tanto en el aspecto lingüístico como en el diplomático, que compensaban las susodichas carencias. Además, Madariaga recuerda que, varias veces para poder entablar conversaciones con Yoshizawa, tuvo que frecuentar el hotel en lugar del ministro de Estado. Asimismo, Madariaga detalla que, al sentarse Lerroux en la silla del Consejo de la Sociedad de Naciones, siempre se ponía al lado suyo como su intérprete y que las reuniones marchaban como si todos los asuntos se estuvieran discutiendo en Madrid. Sin embargo, Lerroux no se refiere en ningún momento a este hecho en su libro de memorias, lo cual fue muy criticado por Madariaga⁽²¹⁾.

Como se ha indicado, entre marzo y abril de 1934 Madariaga, a petición de Lerroux, que llegó a ser presidente del gobierno, fue nombrado ministro de Instrucción Pública y justo poco después de Justicia. Madariaga, reflexionando sobre este hecho, anotó que en el régimen de Lerroux era previsible un inminente fracaso y que el hecho de ejercer de ministro y de haber dejado el puesto de embajador de París y el de la institución ginebrina resultó “el mayor desacierto” en su carrera como político y diplomático⁽²²⁾.

En todo caso, en *Espanoles de mi tiempo*, a Lerroux se le valora poco no sólo como ministro de Estado, sino también como presidente del gobierno. Además, Madariaga lo culpó de ser uno de los personajes que provocó el derrumbamiento de la Segunda República.

3. Luis de Zulueta (1878-1964)

En *Espanoles de mi tiempo*, Luis de Zulueta, sucesor de Lerroux en la cartera de Estado, fue una persona apreciada por Madariaga, a diferencia de Lerroux. Zulueta, conocido pedagogo, pese a que era republicano, destacaba también por ser un ferviente católico. Madariaga, teniendo en cuenta su profunda devoción, expresó acerca de Zulueta que “daba siempre la impresión clerical” elevándolo a la misma categoría de Miguel de Unamuno (1864-1936), mientras que, en otra ocasión, lo describió muy favorablemente con tales palabras como “leal, recto, buen amigo, buena persona y de muy aguda inteligencia” o que “no conocía la envidia”⁽²³⁾. Asimismo, Madariaga alabó la capacidad lingüística de Zulueta, afirmando que “no hablaba inglés, pero sí buen francés”⁽²⁴⁾. De ahí que Madariaga manifestara que Zulueta se había posicionado como el mejor ministro de Estado después de Fernando de los Ríos (1879-1949)⁽²⁵⁾.

En enero de 1932, Madariaga dejó oficialmente el puesto de embajador de España en Washington y luego se encargaría exclusivamente a realizar las labores que conllevaba desempeñar el cargo de primer delegado de España en la Sociedad de Naciones en Ginebra⁽²⁶⁾. En aquel entonces, Madariaga criticaba de manera intensa la postura de Japón en la

institución ginebrina, sosteniendo que el Estado nipón, por su conducta en Manchuria, violaba el pacifismo que profesaba la Sociedad de Naciones, de modo que el representante español se posicionó a favor de imponer alguna sanción a este país. No obstante, la actitud de Madariaga fue criticada por las grandes potencias europeas como Francia y Gran Bretaña, que vacilaron en penalizar a Japón, que estaba entrando en el grupo de los países de primer orden al igual que ellas⁽²⁷⁾. En febrero de 1932, Azaña, presidente del gobierno en Madrid, se entrevistó con Zulueta, ministro de Estado, y anotó lo siguiente en su diario:

Madariaga, según Zulueta, que está enteradísimo de los asuntos de Ginebra, ve demasiado a España como una pieza de la Sociedad, y hay que frenarlo (...). Esto es a propósito del Japón, con el que no nos conviene ponernos a mal⁽²⁸⁾.

En efecto, Madariaga colaboraba en la institución ginebrina con los representantes de los países “modestos” como Suecia, Noruega, Finlandia, Holanda, Checoslovaquia y Suiza. Todos ellos acuerdan poner de relieve la necesidad de que la Sociedad de Naciones sancione a Japón. Sin embargo, al cabo de casi cuarenta años, Madariaga mostraría cierto sentimiento de indignación en esta anotación sobre Azaña en *Espanoles de mi tiempo*:

Ni en el caso de Azaña ni en el de Zulueta pudo haber deficiencia de la función intelectual. (...) Pero en el caso de Zulueta se dio además aquel carácter tan timorato y como recomido de escrúpulos que le llevó a adoptar sin resistencia los prejuicios personales de Azaña⁽²⁹⁾.

De estas líneas se desprende que Zulueta fue descrito sumamente de forma “negativa”, pero también resulta interesante apreciar que la valoración global que Madariaga hace de Zulueta fue “positiva”. En abril de 1932, Madariaga, acerca del asunto de Manchuria, alegó que la Sociedad de Naciones debía enviar armas a China para su apoyo y volvió a exhibir la misma postura acerca de esta índole en un discurso en el que criticaba en público el militarismo nipón llevado a cabo en Ginebra ocho meses más tarde. Desde luego, en Madrid, Azaña no pudo reprimir su disgusto y comenzó a barajar la idea de quitar a Madariaga en su puesto de representante de España en la Sociedad de Naciones. Esta idea de Azaña fue rechazada por Zulueta, que valoraba la capacidad extraordinaria de idiomas y la larga experiencia en la institución ginebrina de Madariaga⁽³⁰⁾.

En esta obra, Madariaga reprochó a Zulueta su postura de “adoptar sin resistencia los prejuicios personales de Azaña”. Madariaga tenía la confianza en que España, pese a su categoría de un país pequeño, podía desplegar grandes actividades en la escena internacional, lo cual fue muy bien valorado por Zulueta. Por esta razón, Madariaga calificó de manera más favorable a Zulueta, con un tono muy diferente que a su antecesor Lerroux.

4. Julio López Oliván (1891-1964)

En *Espanoles de mi tiempo*, Madariaga se enfoca no sólo en los políticos e intelectuales, sino también en varios diplomáticos quienes trabajaron como subordinados de los anteriores. En 1931 cuando Madariaga se convirtió en representante de la institución ginebrina, Julio López Oliván, diplomático de carrera, prestaba sus servicios como director de Política del ministerio de Estado.

Por aquel entonces López Oliván había pasado la mayoría de los años como diplomático en Marruecos. Madariaga, mencionando a López Oliván, apreció su aspecto avezado como diplomático competente⁽³¹⁾. Además, le colmó de alabanzas afirmando que López Oliván poseía la indispensable “objetividad” en la labor diplomática que resultaba un pilar básico para desarrollar la creatividad y la resistencia⁽³²⁾. Por otra parte, también Lerroux, como ministro de Estado, destacaría en su libro de memorias que López Oliván era el hombre más “prominente” en la representación diplomática de España en Ginebra y llegaría a señalar que “la Segunda República pudo desarrollar su diplomacia ‘sin titubeos’ gracias a este hombre lúcido y respetado”⁽³³⁾.

En septiembre de 1931, cuando se inició el proceso para solucionar el asunto de Manchuria en la Sociedad de Naciones, López Oliván acompañó a Madariaga hasta Ginebra como director de Política del ministerio de Estado. Entonces, como ya se ha indicado en el apartado sobre Lerroux, Yoshizawa, ministro plenipotenciario de Japón en París, vio a Madariaga en el Hotel Metropole. Esta escena de principio a fin también aparece en *Espanoles de mi tiempo* en el capítulo dedicado a López Oliván. En efecto, López Oliván estuvo con Madariaga en su visita a Yoshizawa. En aquel momento en el que España desempeñaba la presidencia del Consejo de la Sociedad de Naciones en la institución ginebrina, se veía obligada a conocer el movimiento del cuerpo diplomático japonés, de ahí que los dos visitaran a Yoshizawa. Madariaga anotaría el estado de la entrevista de esta forma:

Voy, pues, a ver a Yoshizawa⁽³⁴⁾, el delegado japonés, al Hotel Metropole, desde luego ruego a Oliván que me acompañe. (...) Yoshizawa sabe perfectamente que aquel incidente en Mukden es la primera escena de una aventura que conduce inexorablemente a la anexión de Manchuria por el Japón, digan lo que quieran los artículos, ya del Pacto ya del *Times*; y nos recibe atrincherado tras una muralla de supuesta inocencia e ignorancia. “No sé. Me voy a enterar”, dice, y en secreto piensa: “Mientras me entero de lo que ya sé, han avanzado una etapa nuestras tropas”⁽³⁵⁾.

De estas líneas, se puede inferir que la expresión de Madariaga, aunque se trataba de la misma escena, era muy diferente a la de Yoshizawa y que el diplomático gallego pensaba que Yoshizawa ya estaba sobradamente al corriente del transcurso de la invasión japonesa del

territorio manchú. Tras la entrevista, Madariaga intercambió opiniones con López Oliván:

Salimos y digo a Oliván: “Si la Sociedad juega bien sus cartas, podremos crear una situación tal que los Estados Unidos tengan que ingresar en ella: porque la Sociedad va a tener que enfrentarse con el Japón y el Japón es hoy el enemigo mayor de los Estados Unidos.” Y me dice Oliván: “Este Yoshizawa dice que no sabe nada y lo sabe todo. No nos harán caso. De modo que el Japón no le tiene miedo ni a Ginebra ni a Washington”⁽³⁶⁾.

López Oliván acertó en su predicción y Estados Unidos continuó sin entrar oficialmente en la Sociedad de Naciones, mientras que Japón, sin tener excesivo miedo a Estados Unidos, siguió con su invasión de Manchuria y se retiró de la institución ginebrina en marzo. Madariaga, en *Espanoles de mi tiempo*, criticaría a Estados Unidos, basándose en el hecho de que este país no fuera miembro de la Sociedad de Naciones, y exigiría responsabilidades a Hoover, presidente, y a Stimson, secretario de Estado norteamericano. Asimismo, llegaría a reconsiderar la posibilidad de que si Estados Unidos se hubiera encargado del núcleo de esta organización, se habría evitado el ascenso al poder de Hitler, el cual llevó a Alemania a la retirada de la institución ginebrina en 1933⁽³⁷⁾.

En suma, López Oliván, a través de la entrevista con Yoshizawa, mostró su capacidad de diplomático de primera categoría que contaba con una buena visión de futuro. Madariaga lo alabó destacando “su agudeza habitual”⁽³⁸⁾.

5. Manuel Azaña (1880-1940)

En esta obra, Madariaga dedicó a Azaña el mayor número de páginas entre todos los personajes referidos. De igual manera, se observa que Madariaga tenía una fuerte consideración hacia Azaña tanto en el plano intelectual como en el político. Además, su valoración a Azaña resulta una mezcla entre lo positivo y lo negativo, de lo cual se deduce naturalmente que Madariaga abrigaba hacia Azaña una especie de “respeto”, y a la vez un sentimiento de cierto “desprecio”.

En cuanto a las cualidades de Azaña, señaló que era una persona “inmutable” y “noble” y escribió que la nobleza que emanaba de él era “flor natural de su elegancia interna”⁽³⁹⁾. Al mismo tiempo, puso por las nubes su elocuencia, de ahí que anotara “el orador parlamentario más insigne que ha conocido España”⁽⁴⁰⁾. Madariaga no valoró a Lerroux y a Zulueta tan favorablemente y eso sugiere que Azaña era uno de los personajes más excelsos del siglo XX, no sólo en el mundo intelectual sino también en el político.

Madariaga, por su parte, al hacer mención al primer bienio republicano (de octubre de 1931 a septiembre de 1933) en el que Azaña fue presidente del gobierno, desarrolló una serie de críticas hacia él. Madariaga indicó con dureza que la diplomacia del gobierno azañista fue un “fracaso” y enumeró varios hechos que motivaron su descontento.

Entre otros, Madariaga criticó principalmente que cuando en la Sociedad de Naciones la postura del “desarme” en conformidad con el “pacifismo” se convirtió en un problema pendiente, pese a que la Segunda República asimismo profesaba una demarcada y profunda actitud proclive hacia el “pacifismo”, no llegó a adoptar una actitud de participación activa en esta línea de pensamiento político. Así pues, Madariaga ejemplificó la mala gestión diplomática republicana en la Conferencia de Desarme que tuvo lugar en Ginebra entre febrero de 1931 y junio de 1933. El asunto del desarme no evolucionó tan favorablemente en los años veinte y la esperada Conferencia por fin se celebró con la iniciativa de la institución ginebrina con la participación de sesenta y cuatro países del mundo, incluidos Estados Unidos y la Unión Soviética, dos grandes potencias que todavía no eran miembros de esta organización. Mientras que en la Conferencia, la Unión Soviética apeló a la prohibición de todo tipo de armas, Francia sostuvo la propuesta de desautorizar las armas con la clara capacidad de ataque e instaurar un cuerpo militar de escala internacional formado por la policía bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones⁽⁴¹⁾. Sin embargo, los países participantes no hicieron concesiones y la Conferencia siguió durante bastante tiempo sin llegar a un acuerdo. Y en junio de 1932, Estados Unidos presentó la propuesta de recortar una tercera parte de todas las fuerzas militares de cada país y prohibir las armas con capacidad de ataque y las bombas aéreas. En principio, se preveía que muchos países apoyaran las medidas propuestas, pero Francia, alegando que la seguridad tras el posible desarme no se garantizaría, manifestó una voluntad contraria y se opuso a las medidas. A esto le siguió el hecho de que tanto Gran Bretaña como Japón simpatizaron con la postura francesa y, finalmente, el desarme no se hizo realidad⁽⁴²⁾.

Madariaga asistía a esta Conferencia como delegado de España. Como se ha indicado antes, por su experiencia de haber trabajado seis años en el Departamento de Desarme en la institución ginebrina, apoyaba el propio “desarme” y pensaba en “reducir al mínimo razonable sus fuerzas armadas y poder consagrar sus dineros a los ministerios más necesitados: enseñanza; asistencia social; agricultura; obras públicas”⁽⁴³⁾. Madariaga explicó la razón por la que el desarme no tuvo éxito y reprochó a Azaña, quien a pesar de asumir por propia voluntad el cargo de jefe de la representación diplomática republicana en la Conferencia de Desarme, no acudió ni un día a Ginebra durante el transcurso de la Conferencia. Madariaga continuó desilusionado con Azaña, sentimiento que dejó plasmado de esta forma:

Creo que su elocuencia clara, sencilla y fuerte hubiera logrado en Ginebra un éxito clamoroso, y que no había entonces en la política interior peligro tan inminente que pudiera arriesgar el viaje. A mi ver le faltó confianza en sí mismo y conocimiento bastante del tema y de su ambiente. Fue gran lástima para él y para la República⁽⁴⁴⁾.

De estas líneas, podría deducirse que para conseguir un buen resultado en el proceso de negociación del desarme, faltaba una “pieza” que era Azaña. Desde el punto de vista de

Madariaga, Azaña poseía la suficiente capacidad de poder convencer a los países participantes con la presencia de las grandes potencias occidentales. Madariaga, ahora bien, reveló que “a Azaña la política extranjera sólo le interesaba intelectualmente, pero no le apasionaba, como la política interior”⁽⁴⁵⁾. En definitiva, Azaña, pese a que poseía la suficiente capacidad de influir y producir un impacto en la sociedad internacional, no ejerció ese poder activamente, de ahí que la diplomacia republicana no pudiera dar el último empujón para poner el “desarme” en marcha.

Conclusión

Durante la Segunda República, Madariaga desplegó múltiples actividades no sólo de intelectual sino también de diplomático. *Espanoles de mi tiempo*, el libro de memorias escrito cuatro años antes de su muerte, junto con otra obra de recuerdos, realza las características de la política exterior republicana mediante el análisis de diversos personajes relacionados con la diplomacia y la política.

Las relaciones con Lerroux y Zulueta sugieren que los dos no tenían más remedio que confiar en Madariaga, que era el “auxiliar” competente por su dominio de varias lenguas y por su vasto conocimiento y profusa experiencia en la Sociedad de Naciones. Sobre todo, el hecho de que Zulueta, que valoraba positivamente este aspecto de Madariaga, fuera calificado mejor que Lerroux por el diplomático gallego, resulta uno de los rasgos más interesantes de este libro de memorias en el que se analiza y evalúa a este elenco de personajes tan influyentes de la época.

Pese a que existe la tesis de que la Segunda República no contaba con una auténtica diplomacia, el presente libro se centra en López Oliván, el diplomático de carrera y no intelectual, lo cual se puede considerar la principal particularidad de la obra. En efecto, predijo con acierto la intención japonesa de seguir invadiendo Manchuria a través de la entrevista con Yoshizawa, lo cual significaría que la Segunda República en la institución ginebrina efectuó su política exterior con la adecuada orientación.

A pesar de que la Segunda República tenía a un diplomático habilidoso como López Oliván, la diplomacia española no fue capaz de contribuir al “desarme” que estaba llevando adelante en la primera mitad de los años treinta. Madariaga culpabilizó a Azaña del “fracaso” de la gestión de la política exterior republicana, ya que éste, pese a que era el líder de la representación diplomática española en la Conferencia de Desarme, no acudió ni una sola vez a Ginebra. Madariaga anotaría que el presidente del gobierno, al no venir a apelar a la necesidad del “desarme” con su persuasiva capacidad de “elocuencia” tantas veces alabada por Madariaga, fue responsable de que la Conferencia no tuviera éxito. Madariaga llegaría a insinuar que debido a la ausencia de Azaña, el poder de la diplomacia republicana quedó más limitado y debilitado, convirtiendo España en un país de “segundo orden”.

Al mismo tiempo, el fallido intento de desarme aportó a España la prueba de que

“desarme” jamás se convertiría en sinónimo de “pacifismo”. Dicho de otro modo, aunque España, como país de segundo orden, levantó la voz a favor del “pacifismo”, esta acción no condujo por ninguna vía a un “desarme” de escala tanto internacional como sistemática. En fin, la diplomacia republicana, a través del conflicto del “desarme”, pudo medir su fuerza “excesivamente escasa” por ser un estado “modesto” y verse obligada a obedecer militarmente a las grandes potencias. La destacada postura de Madariaga en esta obra, en la que se lamenta de la ausencia de Azaña en la Conferencia de Desarme, contendría, de hecho, el desagradable sentimiento de su arrepentimiento por la “forzada limitación” del poder diplomático republicano.

Notas

- (1) Este artículo es una versión ampliada y revisada de la ponencia presentada en línea por el autor en el LVIII Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español (AEPE), celebrado en la Universidad de Barcelona el 17 de julio de 2024.
- (2) Madariaga, 1974a.
- (3) Ibid., p.11.
- (4) Madariaga, 1974b.
- (5) Yasuda, 2011; Yasuda, 2014; Yasuda, 2017.
- (6) A pesar de que los estudios que consideran *Espanoles de mi tiempo* como el principal documento no son muchos, algunos de ellos que podríamos poner como ejemplo son el de Ángeles Egido León (Egido León, 1987), el de David Jorge (Jorge, 2016), el de José Ramón Rodríguez Lago (Rodríguez Lago, 2022) y el de Santiago de Navascués (Navascués, 2023).
- (7) Gracia y Ródenas de Moya, 2015, p.308.
- (8) Preston, 1998, p.207.
- (9) Egido León, op. cit., p.63.
- (10) Neila Hernández, 2003, p.466.
- (11) García de la Concha, 2014, p.295; Gracia y Ródenas de Moya, op. cit., p.309.
- (12) Calvo Salgado, Langa Nuño y Prieto López, 2015, p.345.
- (13) Fernández Santander, 1991, pp.136-139.
- (14) Este premio lo recibieron los más destacados personajes españoles, tales como el rey Juan Carlos I en 1982 y el presidente del gobierno Felipe González en 1993.
- (15) Preston, op. cit., p.179.
- (16) Calvo Salgado, Langa Nuño y Prieto López, op. cit., p.344.
- (17) El gobierno llegó a ser oficial en diciembre de 1931 y duró hasta septiembre de 1933.
- (18) Madariaga, 1974a, p.48.
- (19) Loc. cit.
- (20) Yoshizawa, 1990, p.105.
- (21) Madariaga, 1974a, p.52.
- (22) Ibid., pp.54-55.
- (23) Ibid., pp.243-244.
- (24) Ibid., p.244.
- (25) Loc. cit.
- (26) Preston, op. cit., p.188.
- (27) Yotaro Sugimura (1884-1939), diplomático japonés que trabajó en la Secretaría de la Sociedad de

Naciones, en su libro de memorias publicado en agosto de 1933, poco después de la retirada nipona de dicha institución, hizo una distinción de los países participantes entre los del primer orden y los del segundo, y situó a España como uno de los del segundo. En esta obra, Suguiwura expresaría de esta forma la gran influencia de las grandes potencias como Francia y Gran Bretaña: “Cuando los países del segundo orden se desvanecen más allá de sus fuerzas reales, los del primer orden aceleran el proyecto haciendo caso omiso de la opinión de los del segundo. (...) En noviembre del año pasado (es decir, en noviembre de 1932) los representantes de los del segundo: Benes (Checoslovaquia), Madariaga (España), Undén (Suecia) y Lester (Irlanda) entregaron la propuesta de acusar a Japón, tanto Gran Bretaña como Francia no la aprobaron, argumentando que todavía era demasiado prematura. (...) Entre las grandes potencias, las que realmente cuentan con el poder de mover la Sociedad de Naciones son Gran Bretaña y Francia” (Suguiwura, 1933, p.25).

(28) Madariaga, 1974a, p.245; Azaña, 2000, p.466.

(29) Madariaga, 1974a, p.248.

(30) Azaña, op. cit., p.649.

(31) Madariaga, 1974a, p.418.

(32) Loc. cit.

(33) Lerroux, 2019, p.132. En el libro de memorias de Lerroux, cuya primera edición fue publicada en 1937, no se refería en ninguna parte a Madariaga con quien había trabajado sobre todo en la cuestión de Manchuria en la Sociedad de Naciones, lo que fue criticado con dureza por Madariaga. El diplomático gallego escribiría en *Espanoles de mi tiempo* que “ni siquiera parece haberse dado cuenta de lo que había presidido” (Madariaga, 1974a, p.49).

(34) El apellido de “Yoshizawa” se cita erróneamente como “Yoshizagua” en esta obra.

(35) Madariaga, 1974a, p.420.

(36) Ibid., pp.420-421.

(37) Loc. cit.

(38) Ibid., p.421.

(39) Ibid., p.293.

(40) Ibid., p.297.

(41) Shinohara, 2010, p.220.

(42) Ibid., pp.220-221.

(43) Madariaga, 1974a, p.304.

(44) Ibid., pp.304-305.

(45) Ibid., p.305.

Bibliografía

AZAÑA, Manuel, *Diarios completos. Monarquía, República y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000.

CALVO SALGADO, Luís Manuel, LANGA NUÑO, Concha y PRIETO LÓPEZ, Moisés, *Tele-revista y la Transición. Un programa de la televisión suiza para emigrantes españoles (1973-1989)*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2015.

EGIDO LEÓN, Ángeles, *La concepción de la Política Exterior Española durante la Segunda República*, Madrid, UNED, 1987.

FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos, *Madariaga, ciudadano del mundo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

GARCÍA DE LA CONCHA, Victor, *La Real Academia Española: vida e historia*, Barcelona, Espasa Libros, 2014.

GRACIA, Jordi y RÓDENAS DE MOYA, Domingo, *Pensar por ensayos en la España del siglo XX*, Barcelona, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2015.

- JORGE, David, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016.
- LERROUX, Alejandro, *La pequeña historia de España (1930-1936)*, Madrid, EEC-AKRÓN-CSED, 2019.
- MADARIAGA, Salvador de, *Espanoles de mi tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974a.
- , *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974b.
- NAVASCUÉS, Santiago de, *Salvador de Madariaga. El hombre que entró por la ventana*, Madrid, Marcial Pons, 2023.
- NEILA HERNÁNDEZ, José Luis, “El proyecto internacional de la República: democracia, paz y neutralidad (1931-1936)”, en PEREIRA, Juan Carlos (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel, 2003, pp.453-474.
- PRESTON, Paul, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998.
- RODRÍGUEZ LAGO, José Ramón, *WORLD CITIZEN: Salvador de Madariaga y las redes pioneras del mundialismo (1927-1950)*, Madrid, Sílex, 2022.
- SHINOHARA, Hatsue, *Kokusai renmei —sekai heiwa heno yume to zassetsu— (La Sociedad de Naciones —el desafío y el fracaso en busca de la paz mundial—*, Tokio, Chuokouronshinsha, 2010.
- SUGUIMURA, Yotaro, *Kokusai gaikouroku (Memorias sobre la diplomacia internacional)*, Tokio, Chuokouronsha, 1933.
- YASUDA, Keishi, “La diplomacia de la Segunda República española en torno al Incidente de Manchuria: un análisis de la visión de Salvador de Madariaga y Manuel Azaña”, en CID LUCAS, Fernando (coord.), *Japón y la Península Ibérica: cinco siglos de encuentros*, Gijón, Satori Ediciones, 2011, pp.157-174.
- , “Manuel Azaña no nikki ni miru Spain daini kyouwasei no gaikou —Salvador de Madariaga tono kankei wo chushinni—” (“La diplomacia de la Segunda República española a través de los diarios de Manuel Azaña —Reflexiones sobre la relación con Salvador de Madariaga—”). *Spain gendaishi (Historia Contemporánea de España)*, 22, 2014, pp.15-25.
- , “Spain daini kyouwasei to kokusairenmei —Manshuu jihen mondai ni taijishita chishikijin: Azaña, Madariaga y Zulueta—” (“La Segunda República española y la Sociedad de Naciones —Los intelectuales ante el asunto de Manchuria: Azaña, Madariaga y Zulueta—”), *Spain gaku (Estudios Hispánicos)*, 19, 2017, pp.33-50.
- , “Salvador de Madariaga *Espanoles de mi tiempo* (1974 nen) ni okeru Spain daini kyouwasei no gaikoukatsudou” [“Las acciones diplomáticas de la Segunda República en *Espanoles de mi tiempo* (1974) de Salvador de Madariaga”], *Spain gaku*, 22, 2020a, pp.71-83.
- , “El pensamiento diplomático de Manuel Azaña ante la Sociedad de Naciones durante la Guerra Civil española: un análisis de sus artículos y diarios”, en KIETRYS, Kyra A., MONTERO CURIEL, María Luisa, SOTOMAYOR, Carmen T. y WINKEL, Adam L. (eds.), *La tradición cultural hispánica en una sociedad global*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2020b, pp.119-128.
- YOSHIZAWA, Kenkichi, *Gaikou rokujuunnen (La diplomacia durante sesenta años)*, Tokio, Chuokouronshinsha, 1990.